



La burbuja
de la **señora**
Jocabed

es YAREZI SALAZAR

La señora Jocabed tiene los ojos chiquitos como semillas de naranja. Cuando los abre, los despega despacito, como si le costara mucho trabajo, luego se pone sus lentes gruesos con los que puede ver hormigas y cosas pequeñas. Yo digo que a lo mejor los hicieron con muchos vidrios diferentes, porque son gruesísimos y aguantan muchas caídas.

Desde que yo era más chiquito, la señora Jocabed se sentaba en la misma mecedora; nomás que antes nos leía muchos cuentos y ahora le gusta quedarse dormida. Ella nos cuidaba a mis hermanitos y a mí; por eso, dice mamá, ahora nos toca a nosotros atenderla. Yo la ayudo a caminar un ratito cada tarde, le limpio sus lentes y le ayudo a pelar chícharos para la cena mientras escucho una de sus fabulosas historias.

Una vez me dijo que en sus tiempos de joven fue una hermosa bruja de cabellos largos, nada más que dejó los hechizos porque las vecinas envidiosas decían que hacía embrujos a los hombres. Como no le gustaban los chismes se cambió de barrio. Desde entonces vive en mi colonia y todos los vecinos la queremos mucho.

Por las tardes, doña Joca tiene más sueño. Después de caminar por el patio, me pide que saque su mecedora para aprovechar los últimos rayos de sol. Un rato después se escuchan sus ronquidos. A mí me divierte mucho verla dormida, porque además de hablar a lo loco, de su boca salen burbujas. A veces, cuando nadie me ve, las reviento una por una.

—Niño cochino, deja a la viejita en paz, ¿no ves que la pobre no tiene la culpa? ¡A poco a ti no se te sale la baba cuando te quedas dormido?

Mamá dice que las burbujas se forman porque como no tiene dientes, la baba se le junta, y como además ronca ligerito, pues sopla la saliva y se hacen bombitas.

Una tarde cuando mamá salió al súper, puse detergente en la boca de la señora Jocabed. Las primeras bombas salieron grandes como esferas de navidad. Yo las correteé para atraparlas, pero una quedó detrás del rosal y me costó mucho alcanzarla. Al regresar a la mecedora vi una burbujota del tamaño de papá: era enorme. Gigantísima.

Quise jugar fútbol con ella, pero patear burbujotas de baba y jabón es la cosa más complicada del mundo ¡y vaya burbujión que me vine a encontrar! Si la pateaba a la izquierda, se iba para la derecha, si la pateaba para la derecha, se elevaba demasiado. Me desesperé y le di un patadón. La burbuja se estrelló contra el manzano y se me regresó con mucha fuerza. Para cuando me di cuenta ya estaba dentro de ella. Y ahora sí vino lo bueno, porque empecé a rebotar hasta que agarré vuelo. Brinqué hasta el techo y del techo al árbol. Luego rodé por el patio por mucho rato y me aventé de panza por el pasillo, mucho mejor que cuando lo hago en patineta. Las cosas se veían distintas desde adentro: la puerta de la cocina estaba chueca, las hormigas parecían caballos, la casa de mis vecinos se veía lejos, lejos, y la señora Jocabed tenía la nariz en los cachetes.

Entonces recordé que se estaba haciendo tarde y ya era hora de la merienda. Corrí hasta donde estaba doña Joca, pero al tratar de levantarla quedó también adentro de la burbuja. En qué problemota me metí. El aire se nos podía acabar y yo no quería morir todavía, menos que se muriera alguien por mi culpa. Con la fuerza que tenía, empujé a doña Joca hasta entrar a la casa. Intenté reventar la burbuja a toda costa: con un alfiler, con ganchos de ropa, hasta con un tenedor. Pero nada. Entonces prendí el calentador para ver si se derretía, pero con el aire caliente se infló. De repente ya no sentí el piso y vi muy cerca el candelabro de mamá. Flotamos por toda la casa rompiendo lo que se nos atravesaba, los jarrones, la lámpara, las pinturas de la sala. Lo que no se rompía, se metía a la burbuja: el gato, platones y los cojines de la sala. Hasta que de tanto peso, la burbuja explotó. La señora Jocabed cayó encima del sofá y nunca se dio cuenta de nada porque siguió dormida; yo me raspé las rodillas y los codos. Eso no fue lo peor: las paredes, los sillones y la tele se llenaron de baba.

Al llegar a mi casa mamá se enojó mucho. Me castigó por no sé cuántas semanas y me ordenó limpiar el mugrero que había dejado. ¿Quieres que limpie con jabón? Le pregunté, pero ella me miró feo y sólo me pasó la cubeta con agua y el trapeador.